

# Los incidentes diplomáticos entre México y Venezuela



FELÍCITAS LÓPEZ PORTILLO T.

Las relaciones diplomáticas entre México y Venezuela han conocido diversos avatares; si bien es cierto que se suspendieron durante diez años, de 1923 a 1933, a partir de su reanudación se han caracterizado por su calidez y la expresión de simpatía entre los dos países, hasta llegar a la luna de miel que se vivió en la década de 1970 durante los gobiernos de Carlos Andrés Pérez y Luis Echeverría; ambos presidentes encarnaban el mesianismo redentor del Tercer Mundo, llevando a cabo una activa política exterior reivindicadora de las mejores causas de nuestros pueblos. Como lo afirmaba el ahora ex presidente con motivo de la visita a su país de su homólogo mexicano: México y Venezuela “sostienen una misma posición internacional y marchan juntos dentro del esfuerzo de crear la gran patria latinoamericana para realizar la justicia social” (*El Universal*, 25-X-1974). Eran los tiempos en que Horacio Flores de la Peña, secretario de Patrimonio Nacional, visitaba Caracas con el fin de concretar el proyecto económico elaborado por ambos gobiernos con vistas a impulsar integralmente los recursos naturales comunes, tales como el petróleo y el hierro. En ocasión de habersele otorgado la Orden del Libertador en el grado de Gran Cordón, la primera condecoración que aceptaba, expresó: “somos los dos pueblos, los únicos dos pueblos que estamos gritando la revolución” (*Novedades*, 5-XII-1974). Si bien es cierto que mucho de lo proyectado quedó en mera retórica, tan cara a todos nosotros, no solamente a nuestros gobernantes, al menos se defendieron causas justas y se dio la batalla en los organismos multilaterales por un mejor trato a nuestras economías.

Vaya este breve prefacio para entrar ahora a la lejana época de las divergencias. Todo empezó en ocasión de celebrarse el Día de la Raza, el 12 de octubre de 1920. José Vasconcelos, rector de la Universidad Nacional, pronunció un furibundo discurso, en el Anfiteatro Simón Bolívar de la Escuela Nacional Preparatoria, contra el presidente de Venezuela, Juan Vicente Gómez. La falta de libertad era la causa de nuestros males —dijo— pues las tiranías mantenían en el atraso a nuestros pueblos; mas había ocasión para el optimismo porque durante

el año que corría se había visto caer dos dictaduras: la de Venustiano Carranza y la de Manuel Estrada Cabrera, en Guatemala. Pero en Venezuela gobernaba todavía “el último de los tiranos de la América española, el más monstruoso; el más repugnante y el más despreciable de todos los déspotas que ha producido nuestra infortunada stirpe”. A pesar de los intentos por derrocarlo, aún enseñoreaba a su dolida patria el astuto dictador, que incluso promovía revoluciones libertadoras para así darse cabal cuenta de quiénes eran sus enemigos. No debía olvidarse el sufrimiento de la hermana república, “no debemos callar el hecho de que Juan Vicente Gómez es un cerdo humano que deshonra nuestra raza y deshonra a la humanidad”. Llamó a la juventud estudiosa de México a apoyar solidariamente a los estudiantes venezolanos, que se batían gallardamente contra el tirano, y a que protestaran enérgicamente “contra el infame conculcador de las libertades de Venezuela”.<sup>1</sup> La reclamación diplomática del país sudamericano no se hizo esperar;<sup>2</sup> la cancillería mexicana se apresuró a indicar al gobierno venezolano y a su cónsul en ésta, Eudoro Urdaneta, que la postura del rector no era la posición oficial de México, y que por lo tanto no se solidarizaban con sus declaraciones. Se dio a la prensa un comunicado donde se lee:

Profundamente disgustado el primer magistrado de la nación [Adolfo de la Huerta] por la conducta que observó el rector de la Universidad al increpar en duros términos al gobierno de Venezuela y especialmente al señor presidente electo, general Juan Vicente Gómez, conducta que contrasta y se aparta en lo absoluto del programa que el gobierno de mi país se ha trazado para obtener la cordial amistad de las demás naciones, conceptuando que el respeto para todas ellas es base indispensable para el respeto propio. (*El Universal*, 15-X-1920.)

<sup>1</sup> José Vasconcelos, *Discursos. 1920-1950*, Botas, México, 1950, pp. 54 y 55.

<sup>2</sup> Por cierto, en su mensaje al Congreso de la Unión de fecha primero de septiembre de 1920, el general Adolfo de la Huerta informaba que Venezuela había reconocido a su gobierno.

Al darse a conocer el desmentido oficial, Vasconcelos presentó su renuncia a la Rectoría, alegando que era lamentable que el gobierno mexicano, surgido de un movimiento libertario, sostuviera relaciones diplomáticas con uno de los tiranos más implacables de América. La renuncia no le fue aceptada, hecho que frustró las protestas estudiantiles anunciadas en su apoyo. La opinión pública en general (expresada a través de los medios de comunicación) estuvo de acuerdo con la posición oficial; es decir, había que guardar las apariencias protocolarias entre ambos países —máxime en un momento en que México necesitaba regularizar sus relaciones diplomáticas, interrumpidas por la lucha armada, lo que no se lograría hasta 1928, según lo manifestó el general Plutarco Elías Calles en su comunicación al Congreso del 1° de septiembre de ese año—. De lo que no había duda era de que en Venezuela gobernaba un poder dictatorial, tal y como el que se había derrocado en México.

Esta situación la expresó muy bien el citado general Calles, secretario de Guerra y Marina en 1920, quien terció en la disputa desatada por las declaraciones de Vasconcelos. Después de aclarar que lo que decía era en su calidad de revolucionario, no de funcionario público, señaló:

Creo que la opinión de un gobierno respecto de otro gobierno amigo, debe escucharse, únicamente, por voz de las cancillerías. Así, pues, lo expresado por el señor licenciado Vasconcelos no fue el sentir general ni del gobierno, ni de la opinión del país.

Pero estaba bien que el rector de la Universidad externara sus opiniones críticas públicamente, ya que

El criterio de los directores de la enseñanza no debe aprisionarse al oficial porque, más o menos, todos los gobiernos son conservadores. Lo que pasa es que el licenciado Vasconcelos se está saliendo de los moldes viejos, y cumple con su deber de revolucionario: combate a las tiranías donde éstas se encuentren. (*El Universal*, 15-X-1920.)

Las relaciones prosiguieron más o menos formalmente —en 1921 Venezuela envió una misión especial con motivo de los cien años de la consumación de la Independencia, aunque valga la pena aclarar que no se mantenían relaciones a nivel de embajadores, sino únicamente consulares—. En 1923 sobrevinieron las hostilidades por la desairada recepción que sufrió la compañía de revista mexicana Sánchez-Wimer en La Guayra, a donde llegaron procedentes de Costa Rica. No se le permitió desembarcar a la compañía, excepto a las mujeres. Éstas sufrieron vejaciones de parte de los guardias, quienes las registraron minuciosamente “atentando contra su pudor”, según la prensa nacional (*Excelsior*, 1°-X-1923). También hubo asperezas con motivo del alquiler que un grupo de exiliados venezolanos hizo del barco *El Superior*, propiedad de una compañía cervecera mexicana, que fue utilizado para llevar a cabo una invasión a las costas del país sudamericano; aunque nuestro gobierno no tuvo que ver en la intentona, fue acusado de connivencia con

los alzados. Pero la gota que derramó el vaso fueron las declaraciones efectuadas por el embajador venezolano en los Estados Unidos, en una reunión de la Junta Directiva de la Unión Panamericana; en esa ocasión injurió públicamente a nuestro país (que asistía por primera vez a una reunión de este tipo, restablecidas las relaciones con los Estados Unidos). El 5 de octubre de 1923 el doctor Pedro Manuel Arcaya manifestó: “El próximo congreso no debe reunirse en la capital mexicana porque ella es un refugio de criminales; las escuelas mexicanas son focos de rebelión y salvajismo. México carece de personalidad porque es un país de libertinos y bandidos.” Además, tenía declarada una “guerra solapada” hacia su país, alentada por el “archiconspirador” Vasconcelos, ministro de Educación Pública. De común acuerdo con todos los presentes se retiraron los exabruptos del acta correspondiente, pero las desatentas expresiones se hicieron públicas, por lo que el rompimiento fue inevitable. México llamó a su cónsul en Caracas, y retiró el *Exequátur* al ingeniero Eudoro Urdaneta, pero sin expulsarlo del país. Los anteriores sucesos dieron motivo a las siguientes declaraciones del general Gómez: “Esos mexicanos son unos bandidos y no me quieren porque soy un hombre de orden; pero me es indiferente. Yo me sacrifico por servir a mi patria, porque sin mí, Venezuela sería un México.” Y remató: “Mejor que el tal Obregón haya roto las relaciones, porque éstos son unos corrompidos que corrompen todos los pueblos que tratan” (*El Nacional*, 20-I-1932).<sup>3</sup>

Pero antes de seguir adelante hagamos un poco de historia. El año de 1908 marca el inicio de la dictadura de Juan Vicente Gómez (1908-1935), miembro conspicuo del clan de los militares andinos que tomaron el poder en 1899; gobernó Venezuela en forma unipersonal, con un sentido patrimonial del poder, apoyándose en la profesionalización de las fuerzas armadas —conservando siempre la Comandancia Suprema de las mismas— y en la integración física del territorio por medio de la construcción de carreteras, política que redundaba en un mejor control militar. Por ejemplo, la localidad de Maracay, donde estableció su residencia, era el centro estratégico del país. Fue el gobierno idóneo para las compañías extranjeras explotadoras del petróleo, pues este dictador cerril, sagaz político de montonera, mantuvo la paz y la confianza requeridas por el capital extranjero. Se caracterizó por dirigir una férrea represión política que alcanzó sobre todo a las menguadas clases medias ilustradas de las ciudades, que veían cómo su nación era convertida en un enclave económico de los intereses norteamericanos y angloholandeses que extraían un recurso natural no renovable, saqueado casi sin compensación para el país. Durante ese periodo se dio un fortalecimiento y centralización del poder, con la liquidación definitiva de las revueltas caudillescas, y se terminó con el

<sup>3</sup> El primero de septiembre de 1924 el general Obregón informaba al Congreso: “Por causas ya suficientemente conocidas y derivadas de descortesías y desigualdades de tratamiento para nuestros nacionales, fueron clausurados los consulados mexicanos en Venezuela.” Archivo Histórico Diplomático Mexicano, *Un siglo de relaciones internacionales de México (a través de los mensajes presidenciales)*, prólogo de Genaro Estrada, SRE, México, 1935, p. 376.

dominio del decimonónico partido liberal; el latifundio siguió siendo la forma de propiedad privada más importante, pero con una salvedad: Gómez y sus allegados se convirtieron en los detentadores de las mejores tierras del país y en los propietarios de las incipientes industrias.

El atrasado sistema político basado en el poder omnímodo de un solo hombre correspondía con la economía de carácter agropecuario y latifundista, con 85% de la población radicada en el campo y con una clase dominante dedicada a actividades especulativas más que productivas y sin ninguna tradición democrática.<sup>4</sup> El esquema de dominación política de Juan Vicente Gómez pertenece más al siglo XIX que al XX; sin embargo, la influencia del petróleo en todos los órdenes se hará sentir, y a su muerte, ocurrida el 17 de diciembre de 1935 —las malas lenguas dicen que esperaron a anunciarla para que coincidiera con la fecha de la del Libertador—, Venezuela había dejado de ser un país que podía ser dirigido como una hacienda desde Maracay, debido a que existía ya una diversificación social y económica que exigía mayor libertad política y una nueva orientación en la gestión estatal.

En el transcurso de la dictadura gomecista se dieron múltiples intentos de invasión por parte de los desterrados políticos, pero todos fracasaron. Uno de ellos, escenificado a fines de 1931, fue ocasión para que aquel régimen tendiera lazos de conciliación hacia nuestro país. El vapor *El Superior* fue utilizado para otra invasión, misma que fracasó, pero en esta ocasión estaban involucrados directamente en la intentona varios revolucionarios mexicanos, los que fueron tratados gentilmente, dándoseles incluso dinero para que se repatriaran. Esta acción dio lugar a que, desde *El Universal Gráfico*, se pidiera la reanudación de relaciones con el hermano país sudamericano, petición que contestó el periódico *Excelsior*, en lo que parecía ser el sentir gubernamental:

Acreditando una representación diplomática, México inferiría una ofensa grave al pueblo de Venezuela; sería considerarlo digno del gobierno de Gómez y esto, más que una fórmula de protocolo, consolidaría la antítesis de nuestra Revolución, que recuperó la soberanía del pueblo por sobre el valor de sus gobiernos. (*Excelsior*, 16-I-1932.)

El canciller Genaro Estrada, interrogado al respecto, manifestó: “Mientras yo tenga a mi cargo la Secretaría de Relaciones Exteriores, no realizaré ningún acto internacional que contrarie los sentimientos populares de la nación” (*La Prensa*, 16-I-1932).

Pocas semanas después de estas declaraciones Estrada fue enviado a España como nuestro representante diplomático; al frente de la cancillería quedó el doctor José Manuel Puig Casauranc. Las relaciones con Venezuela fueron restablecidas el

24 de julio de 1933, al conmemorarse el sesquicentenario del nacimiento del Libertador; las gestiones conciliatorias fueron realizadas por el gobierno brasileño, principalmente, pero también por otros países latinoamericanos. En el informe presidencial correspondiente al primero de septiembre de 1933, el general Abelardo L. Rodríguez anunció escuetamente que se habían reanudado las relaciones “suspendidas en diversas épocas y por diferentes motivos” con Nicaragua, Venezuela y Perú. En 1936 se elevó a la categoría de embajada nuestra legación en Caracas.

El embajador “de lujo” enviado por Juan Vicente Gómez fue uno de los más eminentes intelectuales venezolanos, José Gil Fortoul, quien, junto con César Zumeta, Pedro Manuel Arcaya y Laureano Vallenilla Lanz, entre otros, trataba de demostrar “científicamente” que era el gobernante idóneo para su país. Su fundamentación teórica provenía del positivismo, el cual aplicaba a la sociedad las mismas leyes que regían en el medio físico y natural. La conclusión de estos pensadores fue que la mejor manera de erradicar la predisposición innata del venezolano al desorden y la desidia, consecuencia de su carácter mestizo —que, sin embargo, le otorgaba cualidades guerreras—, era la inmigración extranjera y el ejercicio del poder por medio de un “Gendarme necesario”, que implantara el orden e hiciera posible el acceso al anhelado progreso. Según el ideólogo de la dictadura, el anteriormente citado Vallenilla Lanz, después de las luchas de independencia en toda nuestra América se entronizó la anarquía, la que duró casi todo el siglo pasado bajo el impulso de los “odios tradicionales exasperados por la guerra, bajo cualquier denominación y arropándose con cualquier bandera, perpetuando la anarquía que hacía necesaria la preponderancia del poder personal, la existencia del Gendarme necesario”.<sup>5</sup> Hasta la llegada del providencial Gómez, Venezuela había vivido en la anarquía, situación que se tradujo en la falta de progreso material y espiritual, pues el progreso sólo era posible dentro del orden.

El deber primordial del gobierno en pueblos que carecen por completo de educación cívica y en los que la anarquía vive en las más profundas estratificaciones hereditarias, es el de contener a tiempo toda tentativa de alteración del orden público, porque desde la familia hasta la nación ninguna sociedad vive en el desorden.<sup>6</sup>

José Gil Fortoul —senador, historiador, poeta, periodista, presidente provisional de 1913 a 1914, ministro de Instrucción Pública, presidente del Congreso Nacional y del Consejo de Gobierno, representante de su país ante varias naciones— declaró a su llegada que el incidente por el cual se rompieron las relaciones con México no había tenido importancia, pero que

<sup>5</sup> Laureano Vallenilla Lanz, *Cesarismo democrático. Estudios sobre las bases sociológicas de la constitución efectiva de Venezuela*, Empresa el Cojo, Caracas, 1919, p. 245.

<sup>6</sup> Citado en Elías Pino Iturrieta, *Positivismos y gomecismos*, Facultad de Humanidades y Educación-Instituto de Estudios Hispanoamericanos, UCV, Caracas, 1978, p. 50.

<sup>4</sup> Según el censo de 1936, había 3 491 159 habitantes, con una esperanza de vida de cuarenta años. D. F. Maza Zavala, “Historia de medio siglo en Venezuela: 1926-1975”, en *América Latina: historia de medio siglo, I, América del Sur*, Siglo XXI-UNAM, México, 1977, p. 483.

la prensa de ambos países había magnificado los acontecimientos, con el resultado del envenenamiento de las mismas y su posterior rompimiento. Su misión consistía en estrechar los lazos de amistad y procurar el incremento del intercambio comercial, amén de hacer publicidad de los logros del régimen gomecista: Venezuela era el único país latinoamericano sin deuda externa, pues ésta había sido pagada íntegramente en 1930, como homenaje al Libertador en el centenario de su muerte. Lo anterior significaba, según el flamante embajador, que su país ya había alcanzado la independencia económica; la unidad nacional era un hecho, gracias a las carreteras construidas por el régimen; se había acabado la anarquía y los ingresos petroleros se invertían en atender problemas de urgente necesidad. Es más, Juan Vicente Gómez era un hombre democrático, y para probarlo aseguraba:

La democracia del gobierno de mi país se prueba con el ejemplo que da el mismo presidente, pues concurre, cuando está en Caracas, a un local completamente abierto, en donde el pueblo y aun los extranjeros pueden acercársele sin ceremonias o protocolos, para charlar o tratar con él. (*El Nacional*, 12-VII-1933.)

A efecto de contrarrestar la propaganda antigomecista, cuyo principal abanderado en nuestro país era José Vasconcelos —quien, con su pasión característica, rompía lanzas contra las tiranías del continente—, en septiembre de 1926 se invitó al periodista regiomontano Nemesio García Naranjo a Venezuela. Éste, uno de los máximos representantes del pensamiento conservador mexicano, fue atendido como huésped de honor y homenajeado en la finca *Las delicias*, propiedad del hombre fuerte. Sus artículos periodísticos aparecieron en *El Nuevo Diario* de Caracas, del citado Gil Fortoul, y en otros medios de América Latina y los Estados Unidos. Como es obvio suponer, García Naranjo estuvo de acuerdo con la tesis del “cesarismo democrático”: “El César es demócrata porque establece la igualdad y refleja en su poderosa voluntad la voluntad de las mayorías.” Por ello en el país de Bolívar se daba la batalla por la producción y la riqueza: “A una patria le importa, más que el escándalo político de las facciones enconadas, el problema vital de la producción.” En su opinión, el pueblo prefería que la “redención cívica venga como consecuencia de la redención financiera”. Aclaremos que en esa época los ingresos provenientes de la explotación petrolera eran cuantiosos, sobre todo si los comparamos con los raquíticos presupuestos de la Venezuela prepetrolera, cuando se exportaba café, cueros, pieles, tabaco y drogas (sin especificar cuáles), como se lee en la sección “Las hijas de la gloriosa España”, aparecida con motivo del Día de la Raza en *El Universal* de 1920. La explotación comercial del petróleo empezó en 1917, pero no fue hasta 1926 cuando ocupó el primer lugar en el total de las exportaciones del país sudamericano.

Escribía García Naranjo que, como su admirado don Porfirio, el régulo venezolano había dado paz a su patria, desterrando el endémico desorden que la caracterizaba: “En el escritorio del general Gómez nunca se advierte desorden ni revuelta: todos los papeles están en el sitio que les corresponde. Lo mismo

pasa en Venezuela: los hombres y las cosas están en el sitio que les corresponde.” Lo que pasaba en el hermano país era todo lo contrario de lo que sucedía en México. El año 1908 había sido el parteaguas: mientras Juan Vicente Gómez ascendía a la presidencia de Venezuela, Francisco I. Madero iniciaba su lucha antirreeleccionista. “Desde entonces, la patria de Bolívar ha trabajado intensamente por conquistar la paz, por tener crédito, por aumentar su patrimonio de riqueza. México, por el contrario, atraído por utopías imposibles, se ha hundido en la miseria y en la tragedia.”<sup>7</sup>

Después de un periodo de transición posgomecista (1936-1945), se instauró la Junta Revolucionaria de Gobierno, presidida por Rómulo Betancourt (1945-1948), intento de alianza cívico-militar que no fructificó por diversos motivos y que terminó en noviembre de 1948 con el derrocamiento del presidente Rómulo Gallegos, el primero elegido democráticamente en lo que iba del siglo.

A partir de la muerte de Gómez las relaciones diplomáticas prosiguieron normalmente, teniendo un hito importante en julio de 1946, cuando el presidente de la Junta Revolucionaria de Gobierno vino a develar la estatua del Libertador donada por su país. Nuestro gobierno veía con buenos ojos al novel gobierno venezolano —intento de modernización reformista y nacionalista, amparado en las favorables condiciones de posguerra que hicieron levantar esperanzas de que, ahora sí, nuestros países podrían lograr la superación económica y gozar de los frutos de la democracia, antes de la embestida de la guerra fría—; en México se pensaba que el gobierno venezolano había logrado rescatar la soberanía popular y aplicaba medidas de bienestar colectivo. La importancia de Venezuela para México está dada en las instrucciones que recibió de la cancillería el nuevo embajador, ingeniero Eduardo Morillo Safa, el mismo mes de julio: estas relaciones eran de enorme interés para nuestro país, dada la importancia histórica e influencia moral de Venezuela en la América del Sur. A lo anterior se aunaba el hecho de que las mismas “se han caracterizado por una serena amistad que data de la independencia de ambos países”. Ni tan serena, como vimos. Además, se trataba de un país rico, que importaba casi todo lo que consumía, lo que debería ser aprovechado en nuestro favor a través del estrechamiento de los lazos comerciales, culturales y educativos.

La develación de la estatua de Simón Bolívar ocasionó un derroche de retórica latinoamericanista, como es corriente en estos casos. Por ejemplo, el general Manuel Ávila Camacho terminó su discurso con las siguientes palabras:

México agradece entrañablemente a vuestro país la dádiva de este bronce, que sella nuestra amistad con el más solemne de los acuerdos: el que señala, a quienes lo admiran, el paradigma de un genio que lo dio todo para hacer de la vida una ley moral. Os ruego, por consiguiente, que, al regresar a Caracas, digáis a nuestros hermanos

<sup>7</sup> Nemesio García Naranjo, *Venezuela y su gobernante*, Carranza and Co., Nueva York, s. f., pp. 48-125.

de Venezuela que Bolívar, en México, está en su patria. Nuestros volcanes y nuestros héroes, con su grandeza granítica, lo custodian.

Bonito y emotivo discurso el de don Manuel, quizá redactado por su secretario de Educación Pública, Jaime Torres Bodet. En su oportunidad, Rómulo Betancourt señaló la necesidad de revalorar a nuestros héroes —expropiados en el pasado por las oligarquías, que gobernaron “a espaldas del pueblo y contra el pueblo”—; héroes como Bolívar tenían mucho que hacer todavía, como clamara José Martí.

En su celoso e intransigente nacionalismo continental debemos abreviar la lección de firmeza en defensa de nuestros fueros soberanos, ahora que vemos surgir de las pavesas de la segunda Guerra Mundial no el hermoso mito rooseveltiano de la igualdad de las naciones grandes y pequeñas, sino la oligarquía de los fuertes dictaminando acerca del destino de los débiles.

Siguiendo el ejemplo de nuestros mejores hombres —expresaba Betancourt— cumpliremos “con un ya ineludible compromiso histórico. El de librar, en los campos de lo social y de lo económico, la cruzada que culmine en la segunda independencia continental”, la que sólo podrá lograrse dentro de la unidad hispanoamericana. Nuestro canciller, el doctor y general Francisco Castillo Nájera, declamó un poema de su invención, y el poeta y político venezolano, presidente de la Asamblea Constituyente, Andrés Eloy Blanco, se lanzó con un discurso de este tenor:

¡Pueblo de México! Refugio de la democracia perseguida; pueblo de la trinchera contra las usurpaciones domésticas y contra las codicias internacionales: aquí te dejamos tu Bolívar de bronce, hecho de hoy para mañana, tiene el olor de las muchedumbres costeras, tiene el aroma de las altas multitudes montañosas, tiene el perfume de las profundas llaneras.

Pidió que hiciéramos nuestro al héroe, y que lo desmontáramos del caballo de vez en cuando (*Excelsior*, 25-VII-1946). Gracias al espíritu tolerante del titular del Ejecutivo, asistió también a la develación de la estatua don Nemesio García Naranjo, ferviente bolivariano. Éste pidió que, en reciprocidad al gesto de la hermana república, se erigiera una estatua de don Miguel Hidalgo y Costilla en Caracas; su iniciativa fue tomada en cuenta, pero al que se envió fue a Morelos, más a tono con el fervor castrense del gobierno venezolano de la época.

Antes de tocar el tema del golpe militar contra Rómulo Gallegos, ocurrido el 24 de noviembre de 1948, quizá sea conveniente aquí hacer una pequeña digresión sobre la doctrina Estada, la única doctrina internacional con la que cuenta nuestro país. Ésta fue enunciada por el canciller del mismo nombre en septiembre de 1930, ante la emergencia provocada por el levantamiento en Perú del teniente coronel Sánchez Cerro contra la dictadura de Augusto B. Leguía. Era urgente tener una posición definida ante los gobiernos *de facto* que se sucedían constantemente en nuestra América, provocados tanto por fac-

tores internos como por las turbulencias ocasionadas por la crisis de 1929. En un breve memorándum enviado a los embajadores destacados en Sudamérica, el canciller les señalaba:

México no se pronuncia en el sentido de otorgar reconocimientos, porque considera que ésta es una práctica denigrante que, sobre herir la soberanía de las naciones, coloca a éstas en el caso de que sus asuntos interiores puedan ser calificados en cualquier sentido por otros gobiernos, quienes de hecho asumen una actitud de crítica al decidir, favorable o desfavorablemente, sobre la capacidad legal de regímenes extranjeros. En consecuencia, el gobierno de México se limita a mantener o retirar, cuando lo crea procedente, a sus agentes diplomáticos y a continuar aceptando, cuando también lo considere procedente, a los similares agentes diplomáticos que las naciones respectivas tengan acreditados en México, sin calificar ni precipitadamente ni a posteriori el derecho que tengan las naciones extranjeras para aceptar, mantener o substituir a sus gobiernos o autoridades.<sup>8</sup>

Obvio es señalar que la posición de México era producto de su propia y dolorosa historia, donde el reconocimiento había dado lugar a presiones indebidas de parte de su poderoso vecino del norte.

El cuartelazo que derrocó al legítimo presidente venezolano contó en México con la suficiente cobertura en los medios informativos y su repercusión se debió al gran prestigio alcanzado en su tiempo por el eminente escritor y educador. Las opiniones sobre el hecho de fuerza pueden dividirse en dos tendencias: la progresista y la conservadora. La primera enaltecía la democracia y el mejoramiento del nivel de vida popular acaecido en el país sudamericano a partir de la llegada al poder de Acción Democrática, el partido fundado por Rómulo Betancourt en 1941, y consideraba que la asonada era un atropello a la dignidad de todo el continente. El general Lázaro Cárdenas envió una carta abierta al presidente depuesto donde lamentaba el golpe de Estado que nos exhibía ante el mundo “como reincidentes de ambiciones personales, propias de ancestrales dictaduras criollas que son factores de desintegración de nuestras nacionalidades”, por lo que todo hombre libre tenía el deber de protestar ante estos atropellos a la democracia. Con todas sus letras el general afirmaba que los militares golpistas estaban coludidos con los imperialismos que querían apoderarse de nuestras riquezas naturales.<sup>9</sup>

Los comentaristas de tendencia conservadora, a su vez, dudaban de la capacidad política de Gallegos y se consolaban señalando que acontecimientos como el sucedido en la hermana república eran frecuentes en nuestra América, fruto de países “todavía en evolución”. El periodista García Naranjo manifestó lo que mucha gente pensaba: Rómulo Gallegos era un magnífico escritor, pero mal político. “No es lo mismo mover a los per-

<sup>8</sup> Genaro Estrada, *La diplomacia en acción*, presentación de Alfonso de Rosenzweig-Díaz, SRE, México, 1987, pp. 89 y 90.

<sup>9</sup> *Tiempo*, núm. 345, 10 de diciembre de 1948.

sonajes ficticios de las novelas, que dirigir a los tipos enigmáticos de la vida pública en la América española." Las faltas a la democracia eran frecuentes en América Latina, y no debían sorprendernos: "Quien se halle limpio y puro, que tire la primera piedra. México no la puede tirar."<sup>10</sup>

El embajador mexicano en Caracas, ingeniero Morillo Safa, envió a su superioridad una carta confidencial por conducto de Marte R. Gómez, donde externaba sus puntos de vista sobre el hecho de fuerza. La misiva terminaba: "Por lo que toca al problema de continuación de relaciones, me permito considerar que el único elemento de anormalidad que subsiste es el hecho de encontrarse detenido el ex presidente Gallegos y su gabinete."<sup>11</sup> Un día después de hacerse pública la carta del general Cárdenas donde condenaba el golpe, el gobierno mexicano retiró a su embajador en Caracas y dio a la prensa un comunicado que a la letra dice:

Por acuerdo del señor presidente de la República y en aplicación de la doctrina Estrada, que establece que el gobierno de México, en los casos de cambios violentos de gobierno ocurridos en otros países, podrá mantener o retirar a sus representantes diplomáticos "cuando lo crea procedente", ha sido llamado a esta capital nuestro embajador en Caracas, ingeniero Eduardo Morillo Safa, y ha quedado encargado de los archivos de nuestra misión en aquella república hermana el secretario del Servicio Exterior, señor Ángel Altamira.<sup>12</sup>

Este funcionario envió un reporte a la Secretaría de Relaciones el 10 de diciembre, donde dio cuenta de la estricta censura que existía y de cómo, según las instrucciones recibidas, había debido abstenerse "de cualquier contacto con las nuevas autoridades".

El retiro de nuestro embajador —escribe Altamira— ha sido comentado por la prensa como un viaje por motivos de salud y la cancillería no se ha dado por enterada de la suspensión de relaciones, en cuya virtud no ha sido objetado el hecho de los asilados en esta embajada (que eran seis).<sup>13</sup>

En febrero de 1949 regresó a Caracas el embajador Morillo, pasada la excitación provocada por el derrocamiento de Gallegos. Por cierto que en sus informes confidenciales a la cancillería la Junta Militar de Gobierno compuesta por tres uniformados no salía mal librada, ya que pondera su esfuerzo en pos del orden administrativo y social. Las relaciones diplomáticas con el nuevo gobierno militar fueron tersas, al grado de que en septiembre de 1952, en vísperas del término del gobierno presidido por el licenciado Miguel Alemán, se condecoró a los integrantes de la junta con el Águila Azteca.

<sup>10</sup> *Mañana*, núm. 275, 4 de diciembre de 1948.

<sup>11</sup> SRE, Expediente III-510(87-0) "48"-4050-s.

<sup>12</sup> *Excelsior*, núm. 11428, 30 de noviembre de 1948.

<sup>13</sup> SRE, Exp. 87-0(310.1) "48"

Quiero terminar este trabajo retomando a nuestro caro filósofo, José Vasconcelos, quien en el invierno de 1949 visitaba Venezuela invitado por la Junta Militar de Gobierno. "El maestro de América" está muy lejos de sus furibundas pasiones anti-imperialistas y antidictatoriales de antaño, convertido ya no en la "encarnación de las fuerzas progresistas de la Revolución sino de la derecha fuera de la Revolución",<sup>14</sup> como escribe Margarita Vera. Se deshace en elogios hacia la actuación de los triunviros y en impropiedades contra el "comunista" Betancourt, cuyo partido, Acción Democrática, fue derrocado en buena hora. Según su opinión, con esta acción se derrumbó

el sueño macabro de un imperio comunista de Chile a La Habana, con centro en Caracas y encabezado por un Bolívar sin batallas, sin filosofía, sin generosidad, sin infortunios y sin grandeza. Sin embargo, su poderío hubiera dado un dolor de cabeza al Occidente y un motivo de gozosa satisfacción al señor Stalin. (*Novedades*, 20-I-1950.)

En cambio, ahora, "se antoja tener 25 años, un título de ingeniero y pasaporte de inmigrante para Venezuela"; quizá no haya otro país "más ampliamente abierto a la prosperidad, la ambición y la libertad" (*Novedades*, 31-VIII-1951).

En 1957 ocurrió un incidente que estuvo a punto de provocar nuevamente el rompimiento de relaciones: el gobierno mexicano pidió el salvoconducto para un estudiante refugiado en su embajada, acusado de pretender asesinar al entonces hombre fuerte, el general Marcos Pérez Jiménez; se blandió incluso la amenaza de llevar el caso hasta la OEA. El gobierno venezolano pidió, a cambio del salvoconducto, la remoción del embajador mexicano, y la respuesta de México fue que lo mismo se hiciera con el sudamericano. El escollo se solucionó con el cambio de embajadores y el otorgamiento del salvoconducto de marras.

A partir de entonces parece que no hubo otro grave conflicto; México apoyó a Venezuela en su querrela contra la República Dominicana por el atentado contra su presidente, Rómulo Betancourt, en junio de 1960, aclarando que lo hacía no porque en la isla antillana gobernara una dictadura, sino porque se trató de "una conspiración contra el Estado venezolano con objeto de subvertir el orden establecido o imponer, por la violencia, un cambio en la estructura política que el pueblo venezolano se ha dado en uso de sus derechos soberanos", según declaración del canciller Manuel Tello (*Excelsior*, 19-VIII-1960).

Podemos concluir que las relaciones diplomáticas entre México y Venezuela han estado signadas por los principios rectores de nuestra política exterior, tales como la no intervención y la autodeterminación de los pueblos —amén de la retórica latinoamericanista, máxime que en ese país nació Simón Bolívar—, y por el pragmatismo que caracteriza a nuestros gobernantes, que no piden pleitos ajenos pues suficiente tienen con lidiar con el primo del norte y ahora estrecho socio comercial. ♦

<sup>14</sup> Margarita Vera y Cuspiner, *El pensamiento filosófico de Vasconcelos*, Extemporáneos, México, 1979, p. 58.